

4. El Mensaje a las Iglesias. — Continuación

Sardis

El mensaje a Sardis está dirigido al Protestantismo. El período cubierto por Tiatira fue la era de la persecución papal. Esta iglesia fue una vez la iglesia de Dios, uno de los candeleros entre los cuales se vio al Hijo del hombre caminar, pero cuando esa organización se prostituyó uniéndose al estado, cuando, en otras palabras, siguió el ejemplo de Balaam e hizo las obras de Jezabel, el aceite fue retirado del candelero y entregado a quienes estaban dispuestos a obedecer a Dios en preferencia al cabeza de la iglesia. Dios valora el carácter, no el nombre; y los pocos fieles a quienes se les confió la luz, fueron mencionados en una parte del mensaje a Tiatira. Ellos fueron los que no conocieron las obras de Jezabel. Estos se convirtieron en los precursores del Protestantismo. La oscuridad se rompió por primera vez cuando Wycliffe, «*la estrella matutina de la Reforma*», tradujo la Biblia al idioma inglés. Los primeros destellos del amanecer iluminaron el cielo, y en el curso de doscientos años, el sol había surgido en su esplendor. La iglesia salió del desierto, apoyándose en el brazo de su Amado. Los mil doscientos sesenta años de oscuridad terminaron. Fue como el regreso de la primavera después de un invierno severo. La vida de todo tipo surgió. La energía, largamente latente, pareció imbuida repentinamente de una actividad hasta entonces desconocida. Un descubrimiento siguió a otro; las invenciones se multiplicaron; los hombres, acostumbrados a pasar toda una vida en una aldea, ahora encontraron el mundo abriéndose ante ellos a través de publicaciones y mayores facilidades para viajar. Cada rama de la ciencia fue explorada, los gobiernos se activaron, y el polvo de la Edad Media fue sacudido. América fue descubierta y colonizada. Los hombres no sabían por qué sucedió en tal momento y bajo tales circunstancias; pero Dios estaba preparando una cuna para la causa recién nacida del Protestantismo. Alemania podría haberlo nutrido; pero fue en América donde la nueva iglesia encontró ambientes propicios para el crecimiento: y si bien todas las naciones reciben el mensaje de Sardis, es

particularmente aplicable en los Estados Unidos, o al menos, los Estados Unidos se convierten en el centro del movimiento allí mencionado.

Sardis significa «*príncipe de gozo*»; y el nombre es muy apropiado para quienes recibieron la luz del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX. El Protestantismo es un principio activo y viviente, basado en verdades eternas. Surgió como resultado de la apertura de las Escrituras al pueblo común. La doctrina de la justificación por la fe hace que cada hombre sea responsable solo ante Dios, y necesita libertad de conciencia. Una vez que se sabe que todo hombre es igual a los ojos de Dios, se asesta un golpe mortal a toda tiranía en el gobierno; y con la libertad de conciencia, viene también un gobierno del pueblo y para el pueblo. En los días de Lutero, Alemania y los otros países de Europa tuvieron la oportunidad de desarrollar esta doble naturaleza del Protestantismo. Por un tiempo pareció que toda Europa se transformaría; pero gradualmente, hubo un retorno a los principios papales en Alemania, y casi todos los demás países que habían abrazado la causa del Protestantismo, siguieron su ejemplo. El retorno se debió en gran parte al trabajo educativo de los jesuitas, quienes surgieron para contrarrestar las enseñanzas de los Reformadores.

Desde los días de Wycliffe, en Inglaterra había habido seguidores de Dios, andando en toda la luz que habían recibido. Sobre ellos Dios puso «*ninguna otra carga*»; pero a medida que la luz aumentaba, el Protestantismo en su sentido más amplio, fue ofrecido a Inglaterra. La historia de Inglaterra fue, por un tiempo, una lucha entre el papado y el Protestantismo bajo el nombre de Puritanismo. La Commonwealth fue el Puritanismo en el poder; y entonces se demostró que aún no había suficiente fuerza para resistir la corona de la tiranía cuando estaba al alcance del hombre. Inglaterra volvió a la lealtad a su propia familia real; pero tan fuertes eran los principios del Protestantismo que su gobierno ha sido, desde los días de la Commonwealth, un gobierno del pueblo. Fue en Inglaterra donde nacieron las primeras ramas anglosajonas del Protestantismo, y fue debido a la falta de libertad en la madre patria, que los separatistas de la iglesia inglesa buscaron hogares en América.

DIAGRAMA DE LAS SIETE IGLESIAS.

D.C. 27.	100.	313.	536.	1798.	1833.	1844.
Puro. 73 Años.	Nublado. 223 Años.	Corrompido. 215 Años.	Muerte. 1260 Años.	Falta de celos. 35 Años.	Poco amor. 11 Años.	Tibio. Hasta el Fin.
EFESO.	ESMIRNA.	PÉRGAMO.	TIATIRA.	SARDIS.	FILADELFIA.	LAODICEA.
Primero, o Deseable.	Mirra, o Aroma dulce.	Altura, o Elevación.	Fruto del trabajo, Sacrificio de expiación.	Canto de alegría, o lo que queda.	Amor fraternal.	Un pueblo justo, o que juzga al pueblo.
Historia en el Nuevo Testamento.	El Salvador profetizado en este período.	Paralelo con la historia de Balaam.	Paralelo con la historia de Jezebel.	Historia dada desde el Padre al Hijo		Presente Generación

Los mensajes a las siete iglesias cubren el período desde el comienzo del ministerio de Cristo hasta su segunda venida.

Esta línea de profecía sigue a la iglesia desde la pureza del primer siglo, hasta que se une con el estado y persigue al verdadero pueblo de Dios, y finalmente emerge de las Edades Oscuras y se separa de las organizaciones mundanas para encontrarse con su Señor y Maestro en las nubes del cielo.

La historia de los primeros cinco períodos se encuentra en el Nuevo Testamento, el segundo fue claramente profetizado por Cristo. Durante los períodos de Pérgamo y Tiatira, la oscuridad fue tan densa que los historiadores de este período no son confiables, por lo tanto, el Señor da la historia paralela de los tiempos de Balaam y Jezebel como guías para estos períodos. La historia de los períodos quinto y sexto puede recibirse de la generación precedente, mientras que el último período es tiempo presente.

DIAGRAMA DE LAS SIETE IGLESIAS.

Es cierto que la libertad no siempre fue concedida en aquellos primeros días; pues los mismos que cruzaron el océano debido a la opresión en casa, oprimieron, en América, a quienes no adoraban a Dios de la manera prescrita. Sin embargo, América estaba destinada a ser el hogar del Protestantismo; y gradualmente, las cadenas de las Edades Oscuras se cayeron, y los derechos igualitarios de la humanidad fueron reconocidos. La Constitución de los Estados Unidos fue el primer documento que concedió completa libertad de culto, y puso en manos del pueblo el poder exclusivo del gobierno. Fue una maravilla mundial, no obra de ningún hombre, sino la culminación de aquellos principios nacidos en Alemania en el siglo XVI. La Constitución fue adoptada en 1789; el sol se oscureció en 1780. Estos eventos, que tuvieron lugar como lo hicieron, fueron como si Dios viera el fin acercándose, y como fuente de aliento para Sus seguidores, puso la señal de Su aprobación en los cielos. Pocos años después, el poder papal fue completamente quebrantado, y entonces los países del sur de Europa, Francia, España, Italia y otros, fueron libres de elegir entre los principios del papado y los del Protestantismo. América respondió con su gobierno libre. Durante los cincuenta años siguientes a la adopción de los principios del Protestantismo en América, las diversas ramas de la iglesia protestante tuvieron su período de prueba. Una a una surgieron las denominaciones, separándose cada vez más de la tiranía física, intelectual y espiritual del papado. A cada denominación se le ofreció la ley de Dios y la fe de Jesús. Llegó el momento en que cada una tuvo la oportunidad de aceptar o rechazar, según les pareciera bien; pero la decisión entonces tomada, decidió su destino eterno.

En los primeros días del siglo XIX, Dios tomó a un hombre, hasta entonces desconocido de la Biblia, y le abrió las bellezas de las profecías. Así como Lutero encontró en Cristo un Salvador, y con la luz que entró en su mente, atacó el papado, así Guillermo Miller, en 1818, vio luz en los libros de Daniel y Apocalipsis. Estudió con cuidado los dos mil trescientos días, de los que habló Daniel, y se convenció de que la segunda venida de Cristo estaba cerca. Aplicó toda prueba, pero todas apuntaban al año 1843 como el momento en que el

mundo debía recibir a su Salvador. La condición del pueblo en la primera venida de Cristo, se repetía ahora; cuando se acercaba el tiempo del mensaje de Su segunda venida, el mundo yacía en la ignorancia: y no solo el mundo, sino la iglesia que llevaba el nombre de cristiana. ¡Más aún! Las mismas iglesias que en su celo por la verdad habían enfrentado dificultades y persecuciones, al protestar contra los errores del papado, —estas iglesias estaban en silencio cuando grandes cambios se cernían sobre ellas. Pero a la iglesia de Sardis, se le mandó a Juan escribir: «Estas cosas dice el que tiene los siete Espíritus de Dios y las siete estrellas: Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto».

Él, que caminaba entre Sus iglesias, y que buscaba diligentemente señales de vida, buscando entre las siete estrellas —los líderes de las iglesias—, encontró que, aunque Sardis afirmaba tener vida, estaba muerta. ¡Extraña condición! Tan silenciosamente se había perdido esta vida, que, mirando hacia atrás a la actividad del pasado y enorgulleciéndose de las grandes cosas que el Protestantismo había hecho, esta iglesia había permitido que los mismos principios del papado se enredaran en ella hasta ahogar su vida.

Hubo un tiempo en la historia de Pérgamo, cuando el Cristianismo pensó que el Paganismo estaba muerto; pero en realidad, la religión que aparentemente fue vencida, había conquistado. El Paganismo, bautizado, entró en la iglesia. En los días de Sardis esta historia se repitió. El Protestantismo se creyó libre de los principios de las Edades Oscuras; pero la planta era robusta y longeva, y aunque el Protestantismo se erguía como un roble poderoso, las raicillas del papado se plantaron con el roble, y pronto la vid rodeó el árbol y secó su misma vida. El Protestantismo levantó la estructura, y el papado se apoya en ella. «Sé vigilante — dice el mensaje divino a Sardis— y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios». Había, en el momento en que llegó este mensaje, algo de vida aún en el roble, pero a menos que se apresurara a «afirmar las cosas que quedan», la muerte seguiría.

«Acuérdate, por tanto, de lo que has recibido y oído; guárdalo y arrepiéntete». Las verdades ya recibidas eran en verdad vida; pero una iglesia, así como un individuo, debe progresar constantemente, o sufrirá la muerte espiritual.

Durante nueve años Guillermo Miller estuvo convencido de que debía dar su mensaje a las iglesias; pero esperó, con la esperanza de que alguna autoridad reconocida proclamara la buena nueva de un Salvador que pronto vendría. Al esperar así, solo probó la verdad del mensaje; tenían nombre de que vivían, pero estaban muriendo rápidamente. En 1831 Miller dio su primer discurso sobre las profecías. Era miembro de la iglesia bautista, y en 1833, recibió de esta iglesia licencia para predicar. Este fue el mismo año en que apareció otra señal en los cielos, —la tercera de la que habló el Salvador en Mateo 24:29. En noviembre de 1833, «las estrellas caerán del cielo, como la higuera deja caer sus higos verdes cuando es sacudida por un fuerte viento» (Mateo 24:29). Dios estaba llamando a la iglesia moribunda de Sardis por la voz del hombre y por señales en los cielos. «Si, pues, no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti».

Cuando se acercaba el tiempo que se suponía era el de la segunda venida, hombres de aprendizaje y posición ayudaron a difundir el mensaje. La luz de este mensaje brilló por todo el mundo. «Tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras». Tres años después de que Miller se convenciera de la cercana venida de Cristo, es decir, en 1821, Joseph Wolff, conocido como el «*misionero a Asia*», comenzó a dar el mismo mensaje. Visitó Egipto, Abisinia, Palestina, Siria, Persia, Bujará e India, —proclamando por todas partes la pronta venida del Mesías. En 1837 estuvo en América; y después de predicar en varias ciudades grandes, visitó Washington, donde, en presencia de todos los miembros del Congreso de los Estados Unidos, predicó sobre el reinado personal de Cristo.

En Inglaterra, el mismo mensaje fue dado por Edward Irving, ministro de la Iglesia de Inglaterra. Sudamérica escuchó de la pronta venida de Cristo por la pluma de Lacunza, anteriormente jesuita español. Gausson, al encontrar que muchas mentes maduras afirmaban que la profecía no podía ser interpretada, dio

el mensaje de la pronta venida de Cristo a los niños de Ginebra. En Escandinavia, la verdad fue proclamada por niños; porque Dios usó a niños predicadores, cuando las personas mayores estaban restringidas por la ley.

En 1838 Josiah Litch y William Miller publicaron una exposición del capítulo noveno de Apocalipsis, en la que se predijo que el Imperio Otomano caería en 1840. El cumplimiento exacto de esta profecía el 11 de agosto de 1840, cuando el gobierno turco entregó su independencia, y desde entonces ha sido conocido como «*el hombre enfermo de Oriente*», fue una prueba asombrosa para muchos de que la profecía podía ser entendida y de que los hombres vivían en el fin del tiempo.

Este mensaje de la aparición personal de Cristo fue una de las proclamaciones más mundiales jamás dadas. Toda estirpe, nación y pueblo fueron repentinamente despertados de su letargo por el grito: —«¡He aquí, el Esposo viene; salid a recibirle!». Esta verdad está inseparablemente conectada con la redacción del mensaje a Sardis. «Tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas». Los mismos pecados de idolatría y fornicación, que caracterizaron a la iglesia madre en los días de Tiatira, estaban manchando las vestiduras de sus hijas durante el período de Sardis. Pero «El que venciere será vestido de vestiduras blancas». Las vestiduras blancas son la justicia de Cristo, —«el lino fino, limpio y resplandeciente». «Y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles». Una promesa muy preciosa y una advertencia muy solemne se combinan en estas palabras finales del mensaje a Sardis. La segunda venida del Hijo del hombre había sido proclamada a todo el mundo. Al que aceptaba la verdad, se le prometió que su nombre permanecería en el libro de la vida, y sería confesado en la presencia de Dios. Los libros del cielo están abiertos. Cristo promete dar testimonio por todos los que son fieles a Su causa en la tierra. La iglesia de Sardis vivió en el período en que Daniel vio a «Uno como el Hijo del Hombre [que] vino... hasta el Anciano de Días» (Daniel 7:13). Fue al final de los dos mil

trescientos días de Daniel 8:14 que Cristo fue presentado ante el Padre. Él entró en el Lugar Santísimo del santuario de arriba. «Se sentó el Juez, y se abrieron los libros» (Daniel 7:10). Luego comparecieron ante Él todos los que alguna vez habían invocado el nombre de Cristo, y a aquellos cuyas vestiduras estaban inmaculadas, les fue dado el lino fino de la justicia de Cristo.

Este gran cambio en el santuario celestial, correspondiente a la entrada del sumo sacerdote en el servicio terrenal, o típico, en el Día de la Expiación, fue dado a conocer a la iglesia de Sardis. Aquellos que abrieron las profecías donde esta verdad es revelada, malinterpretaron la purificación del santuario como la segunda venida de Cristo. Sin embargo, aunque estaban equivocados en el evento que transcurrió, no se equivocaron en el tiempo; y la limpieza del corazón necesaria para preparar a un pueblo para el comienzo del juicio investigador, que ha estado ocurriendo en el cielo desde 1844, es la misma preparación necesaria para dar la bienvenida al Hijo de Dios en las nubes del cielo. Aunque Cristo no vino entonces a la tierra —el atrio exterior del santuario celestial— sino que entró en el lugar santísimo ante el Anciano de Días, para actuar como mediador en el juicio investigador, el mensaje de preparación para Su venida continuará hasta el fin del tiempo. Algunos de los que presenciaron las señales dadas a Sardis y escucharon el mensaje del advenimiento, le verán cuando venga en las nubes del cielo. Así de cerca está Sardis del fin.

Filadelfia

El Salvador, al caminar en la iglesia de Sardis, encontró a unos pocos cuyas vestiduras no estaban manchadas. Eran aquellos en quienes la vida permanecía después de que el cuerpo estaba muerto; y a estos les llegó el llamado a separarse de la forma sin vida, para que su propia vida pudiera ser salvada. El mensaje del pronto regreso de Cristo fue un mensaje universal. Ofreció una oportunidad a todos para arrepentirse, y cuantos creyeron, levantaron el clamor con el entusiasmo que caracterizó a la Iglesia Apostólica. Estaban experimentando su «*primer amor*», y aquellos que dieron la bienvenida a Cristo estaban unidos con

un amor que superaba el de Jonatán por David. La unidad de espíritu que Cristo oró que se encontrara entre Sus seguidores se desarrolló más perfectamente entre aquellos que atendieron el mensaje final a Sardis, que entre cualquier otro desde el día de Pentecostés; y a esta compañía de creyentes dispersos por todas partes, pero unidos en corazón y propósito, se aplica el nombre Filadelfia, que significa «*amor fraternal*».

Algunos que oyeron el mensaje del advenimiento lo aceptaron por temor; otros fueron atraídos por los argumentos contundentes; pero cualquiera que haya sido el motivo, todos fueron probados, y aquellos que aceptaron por un amor genuino al Salvador compusieron la iglesia de Filadelfia. De esta iglesia no se presenta queja alguna; y como el amor es el poder reinante del trono de Dios, el Salvador parece reconocer a la iglesia de Filadelfia como parte de Su propio ser, —herederos con Cristo de las promesas eternas hechas a David. «Estas cosas dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David» (Apocalipsis 3:7).

Cuando se hizo el llamado, diciendo: «¡He aquí, el Esposo viene!» (Mateo 25:6), Cristo, el Esposo Celestial, pasó a la presencia de Su Padre, allí para recibir dominio y poder; y una puerta en el cielo se abrió a los fieles y verdaderos en la tierra. Esta puerta era la entrada al lugar santísimo del templo, donde Jehová estaba entronizado sobre el propiciatorio. Él está rodeado por Sus ángeles, y la ley de Dios es el fundamento de Su trono. Esto fue mostrado en tipo y sombra en el tabernáculo, construido por Moisés. A Israel en el desierto, la gloria de Dios apareció en la *shekinah* sobre el propiciatorio. La atención de la iglesia de Filadelfia se dirige al santuario celestial. Fue abierto por el mismo Salvador, al entrar en el lugar santísimo al final de los dos mil trescientos días. Él envía el mensaje a todos: «He aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar» (Apocalipsis 3:8). La puerta está abierta para todos los que, por fe, entrarán, y ninguna combinación de circunstancias, instigada por hombres o demonios, puede excluir al alma que mantiene el ojo de la fe centrado en el Salvador dentro de ese portal resplandeciente. El tiempo de prueba para aquellos que esperaban a su Señor llegó en el otoño de 1844. Al principio se pensó

que la expiración de los dos mil trescientos días sería en la primavera de 1844. En una investigación posterior, se encontró que el decreto de Artajerjes, a partir del cual se calcula el período profético, entró en vigor en el otoño del año 457 a.C.; por lo tanto, este cálculo haría que esos días expiraran en el otoño de 1844 d.C. Aquí hubo un tiempo de espera, en el que aquellos que amaban al Señor se prepararon, mediante una profunda búsqueda de corazón, para recibirlo. Muchos preguntaron: «¿Qué debo hacer para ser salvo?» (Hechos 16:30). Aquellos que miraban hacia arriba recibieron la luz del juicio investigador, cuando, en el otoño de 1844, la puerta en el cielo se abrió y Cristo se acercó al Padre. Pero muchos que solo habían profesado creer en el advenimiento, cambiaron cuando el tiempo pasó y Él no vino, y ahora se burlaban de aquellos que todavía se aferraban al mensaje: «Temed a Dios, y dadle gloria; porque la hora de su juicio ha llegado» (Apocalipsis 14:7).

La puerta celestial se abrió, pero aquellos que regresaron al mundo quedaron en la oscuridad; mientras que aquellos que buscaron diligentemente su error al interpretar la profecía, recibieron una inundación de luz, directamente del trono. A través de esta puerta abierta en el templo celestial, se vio «el arca de su pacto» (Apocalipsis 11:19), que contenía los diez mandamientos; y desde ese momento, el sábado del Cuarto Mandamiento se convirtió en una prueba para el pueblo de Dios. El Dios que había guiado a Su pueblo hasta ese momento, todavía los guiaba por Su Palabra. Muchos preciosos rayos de luz que habían sido ocultados por la tradición durante la Edad Oscura, ahora se abrieron a su entendimiento. La reforma del sábado se convirtió ahora en el mensaje para el mundo. Las tradiciones que conectaban a la iglesia de Filadelfia con la Edad Oscura, fueron retratadas con colores vívidos; y el hombre fue llamado a exaltar la ley de Dios y a quitar su pie de la profanación del sábado de Jehová. Hasta ahora, todas las iglesias protestantes abrieron sus puertas para recibir el mensaje; pero cuando se proclamó la verdad del sábado, las iglesias cerraron sus puertas a aquellos que aceptaron la nueva doctrina. Cuando la puerta en el cielo se abrió, las puertas de las iglesias protestantes se cerraron. Cada puerta abierta debería ser un

recordatorio de la puerta celestial abierta por Cristo, que ningún hombre puede cerrar, de cuyos portales brilla un torrente de luz sobre el camino de todos aquellos cuyas mentes están fijadas en Él. Aquellos que abandonaron la nueva luz que vino con la «puerta abierta», son referidos como aquellos «de la sinagoga de Satanás, los que se dicen ser judíos y no lo son» (Apocalipsis 3:9).

Así como la nación judía, en el primer advenimiento, se apartó del Salvador y rechazó al Hijo de Dios, así muchos en 1844 crucificaron de nuevo al Hijo del Hombre. Pero Él un día será levantado a la vista de todos los hombres; y aquellos que le han seguido de cerca, entrando por fe, dentro del segundo velo, se sentarán en tronos y reinarán con Él. A los discípulos en Getsemaní se les dio la oportunidad de beber de la copa que Él bebió. A los fieles en 1844, de igual manera, se les dio a beber de la copa del desprecio del mundo. Para tales es la promesa: «Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra» (Apocalipsis 3:10). Antes de Su segunda venida, habrá un tiempo como el mundo nunca ha visto. El pueblo de Dios será salvado de esto; porque Él los esconderá en Su «pabellón». «Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús» (Apocalipsis 14:12). La paciencia se desarrollará guardando los mandamientos y aferrándose a la fe de Jesús. Si Él tarda, esperadle; porque Él dice a Filadelfia: «He aquí, yo vengo pronto» (Apocalipsis 3:11).

A los fieles en Tiatira, el ángel dijo: «Retened lo que tenéis hasta que yo venga» (Apocalipsis 2:25). A Filadelfia llegaron las palabras: «Retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona» (Apocalipsis 3:11). El pueblo en Tiatira quizás solo tuvo algunos rayos de luz, comparado con aquellos que vivieron en el período posterior; porque la luz apenas amanecía en Tiatira, mientras que sus rayos de mediodía brillaban en Filadelfia; pero la corona es la recompensa del carácter, y el que la recibe habrá sido fiel a toda la luz que brilló en su camino. El cielo puede ser disfrutado solo por aquellos que han desarrollado un carácter en armonía con la verdad. Todo hombre es candidato, pero solo el que lucha

legítimamente heredará la corona. Le pertenece a aquel que recibe una piedra blanca con un nuevo nombre. Durante seis mil años, las huestes angélicas han estado observando para que el círculo de la perfección se complete, y cuando el último molde de carácter se llene, el tiempo dejará de existir.

Algunos de la iglesia de Filadelfia se convertirán en pilares en el templo de Dios, —pilares vivientes, que sostienen una estructura de vida. Las promesas más maravillosas se hacen a quienes viven en este período; porque el cielo mismo se extendía ante el vencedor; y, sin embargo, esto es cierto para todos los que vencen. El mensaje al período de Filadelfia llega hasta el fin del tiempo, y todos los que reciban la corona habrán pasado por sus experiencias. La paciencia, la fe y el amor de Jesús caracterizarán a quienes se sienten finalmente a la izquierda y a la derecha del trono en el cielo. «El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias» (Apocalipsis 3:22).

Laodicea

La última iglesia a la que se le mandó a Juan enviar un mensaje fue Laodicea. Los mensajes a Sardis y a Filadelfia cubren, por separado, un período que se extiende hasta la segunda venida de Cristo; pero además de las experiencias retratadas en los mensajes quinto y sexto, lo que se dirige a Laodicea también es aplicable. Es dado por el Amén, Aquel con quien sí es sí, y no es no, —«el Testigo fiel y verdadero» (Apocalipsis 3:14); porque el mensaje a Laodicea es dado al pueblo en el momento en que el juicio investigador está en progreso; y mientras el mensaje avanza, los nombres de aquellos mismos que lo reciben serán llamados en la corte celestial, y Cristo se presentará como el Testigo fiel y verdadero; pero Satanás como el acusador de los hermanos. «El principio de la creación de Dios» (Apocalipsis 3:14), quien dio Su vida en la fundación del mundo, está velando por Su pueblo en las últimas horas del tiempo de gracia. El clamor: «¡Ha caído Babilonia!» (Apocalipsis 14:8), fue proclamado cuando las iglesias rechazaron el mensaje del advenimiento; y como en el período de Tiatira, los verdaderos se separaron de aquellos que se apartaron de la luz; así en los días

en que los principios del protestantismo son nuevamente ignorados, esta vez por las hijas de Babilonia, una separación es necesaria. La luz del siglo XVI provino de una Biblia abierta. La justificación por la fe fue dada a conocer en oposición a la justificación por las obras. Más tarde, el templo en el cielo se abrió, y el verdadero sábado fue dado a conocer. Este había sido pisoteado en el polvo durante mucho tiempo; pero su observancia era una cruz demasiado pesada para muchos, y regresaron hacia la Edad Oscura. Los principios del protestantismo fueron repudiados por las iglesias, y los principios del republicanismo por el estado; mientras que las denominaciones nominalmente protestantes regresaron a los días de Pérgamo. Pero algunos avanzaron para proclamar el mensaje del tercer ángel, como se da en el capítulo catorce de Apocalipsis.

Sobre esta última iglesia —el remanente— brillan los rayos acumulados de todas las edades pasadas. Es una iglesia muy favorecida, y de la cual el cielo y la tierra tienen derecho a esperar grandes cosas. Pero como las iglesias del pasado, ha decepcionado al cielo, y Cristo dice con tristeza de ellas: «Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente» (Apocalipsis 3:15). El orgullo espiritual es el peor de los males y el más difícil de alcanzar. El cielo y la tierra esperan el cierre de la historia. Se ha alcanzado el clímax en la controversia. Satanás se prepara para la lucha final. El arsenal del cielo espera la señal de su Líder. La iglesia de Dios en la tierra es el único objeto que puede retrasar el progreso de los eventos. Se convierte en el centro de interés para el universo. El Salvador todavía ordena a las huestes que detengan hasta que los siervos de Dios sean sellados. Los ángeles se apresuran de un lado a otro entre el cielo y la tierra, pero Dios no irá más rápido que Su iglesia. Durante siglos ha caminado con ella, sosteniendo su estrella en Su mano derecha. Se ha ofrecido todo tipo de estímulo para acelerar la obra; pero cuando la iglesia duda, Él no va más rápido de lo que ella puede ir, para que la luz no se adelante tanto que Sus seguidores pierdan el camino.

Un espíritu de tibieza descansa sobre el pueblo de Dios. Dice el Testigo: «¡Ojalá fueses frío o caliente!» (Apocalipsis 3:15). Si fueran muy fríos, algo podría calentarlos, o si fueran demasiado calientes, su ardor podría ser controlado; pero

«por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca» (Apocalipsis 3:16). Existe el peligro de que aquellos que han visto las señales de Su venida; aquellos que han oído el mensaje del advenimiento, y han seguido la luz que brilló desde la puerta abierta; y aquellos que han sacrificado por la causa de muchas maneras, al acercarse el final, cuando estén a punto de recibir la corona, se conformen con sus experiencias pasadas. Dicen que son «ricos, y se han enriquecido, y de ninguna cosa tienen necesidad» (Apocalipsis 3:17); y olvidan que el que más recibe, más responsable es. «Y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo» (Apocalipsis 3:17). Piénsese en ello. El que se enorgullece de su riqueza es, a los ojos del cielo, pobre, ciego y desnudo. El cielo se apiada de tal iglesia, y el Testigo verdadero, que anhela abogar por ellos, y no en contra de ellos, en presencia de los ángeles, les aconseja: «Te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico» (Apocalipsis 3:18). La fe y el amor son la riqueza ofrecida por Cristo, y con estos el poseedor puede comprar los tesoros del cielo. «Y vestiduras blancas para que te vistas, y no se descubra la vergüenza de tu desnudez» (Apocalipsis 3:18). Las vestiduras ofrecidas son la justicia de Cristo. Es una vestidura de luz, que atraerá al mundo a Cristo. Esto vestirá a todos los redimidos que viven en la tierra cuando Cristo aparezca. Es un reflejo de la santidad de Dios, y llega solo a aquel que vive en constante comunicación con el Señor de la Vida. La vida del que está en contacto con el cielo es como el resplandor de la luz incandescente. Cuando este consejo sea atendido, el «*gran clamor*» de Apocalipsis 18:1 sonará en todo el mundo.

«Te aconsejo que unjas tus ojos con colirio, para que veas» (Apocalipsis 3:18). El aceite para ungir es el aceite de Su gracia, que dará vista espiritual al alma en ceguera y oscuridad, para que pueda distinguir entre las obras del Espíritu de Dios y las del espíritu del enemigo. El camino que estas almas deben recorrer es un camino estrecho. Satanás, a medida que su tiempo se acorta, utiliza todo artificio para engañar, si es posible, a los mismos escogidos; y a medida que sus engaños se vuelven más ilusorios, solo aquellos ojos que están ungidos con el

aceite de la gracia pueden discernir los espíritus. El Comerciante celestial abre Sus mercancías y nos aconseja que compremos de Él. Se dirige a aquellos que han perdido su *primer amor*, a aquellos que han perdido su celo e interés en las cosas espirituales, y los insta a comprar de la tienda celestial. Muchos serán reprendidos por los pecados mencionados en el mensaje de Laodicea, y tales reproches, desatendidos, causarán que sean «*sacudidos*» aquellos que no estén dispuestos a recibir la reprensión del Espíritu.

Hay intereses eternos en juego; el tiempo de gracia está casi terminado; y Cristo, como si se resistiera a perder una sola alma, reprende y castiga, para que el pecado sea desechado. No hay otro tiempo para la preparación, porque el mensaje de Laodicea cubre la historia eclesiástica hasta el fin del tiempo. «Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete» (Apocalipsis 3:19). A aquellos corazones que aún no han admitido a Cristo como el único Gobernante en el templo del alma, Él dice: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo» (Apocalipsis 3:20). Él no se fuerza a entrar, aunque Su propio corazón se está quebrantando por nuestra dureza. Él ruega con gentileza, y si se le permite entrar, en calidad de amigo íntimo, cenará con nosotros. Se ve que existe la relación más íntima entre Dios y Su iglesia remanente. Es como un *tizón arrebatado del fuego*. Débil, tembloroso y cargado de pecado, este remanente de la raza es tomado por el Salvador para sentarse con Él en Su trono, así como Él venció y se sentó en el trono del Padre. Los ángeles ven el lugar, dejado vacante por la caída de Lucifer, ocupado por aquellos a quienes el pecado había desfigurado y marcado más que a cualquier otra raza. La Majestad del cielo llega a las profundidades más bajas de la tierra y exalta al hombre al lugar más alto en el cielo, —un asiento junto al Rey en Su trono. Los redimidos ocupan una posición más cercana al Creador de lo que podrían haber ocupado si no hubiera habido pecado. ¡Tal es el amor maravilloso de Cristo! Hoy, los ángeles y los habitantes de mundos no caídos están observando la consumación del plan. Nosotros, los que vivimos hoy, somos el objeto de su interés. «El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias» (Apocalipsis 3:22).

